

El método histórico como instrumento de análisis

Pretender analizar la aportación de Laín Entralgo a la historia del saber fisiológico no deja de ser un atrevimiento. Tampoco es nuestro objetivo. Lo que deseamos plantear en este artículo es la forma en que el profesor Laín ha abordado el problema en dos momentos culminantes de la fisiología moderna: Guillermo Harvey (1578-1657) y Claudio Bernard (1813-1878). Supone un verdadero reto estudiar estos dos grandes hitos partiendo de los cuatro puntos que postula Laín como el fundamento metódico de la historia de la medicina: 1.º) En la estructura real de la medicina «se articulan unitariamente dos estratos: uno de carácter histórico, formado por las doctrinas y las técnicas que acaban pasando a la historia», y otro de orden transhistórico, tocante a la realidad genérica de lo que en el hombre es invariable (su *naturaleza*) y a la realidad singular de lo que en cada hombre es humanamente propio (su *persona*). 2.º) «El conocimiento histórico puede y debe ser preámbulo y fundamento del conocimiento sistemático.» 3.º) «Tanto el saber médico como la práctica de la medicina, ésta en su doble condición de acto técnico y acto social, reflejan el sentido y la estructura de la situación histórico-cultural a la que pertenecen.» 4.º) «El saber médico reobra sobre el saber general de que procede y en alguna medida le configura.» Cuando Laín propone explícitamente este fundamento metódico (1965), ya ha publicado los estudios antes mencionados sobre los dos grandes fisiólogos (1948); sin embargo, podemos encontrar en su forma de análisis la proyección de estos cuatro puntos. En su estudio preliminar a la traducción castellana de la *Introducción al estudio de la medicina experimental*, al analizar la actitud de Cl. Bernard en lo referente a la impersonalidad de la ciencia, comenta en una nota a pie de página: «Tal vez haya que matizar un poco estas expresiones de Cl. Bernard, de acuerdo, por lo demás, con su propio pensamiento. La verdad científica es en sí misma impersonal; pero su descubrimiento, la andadura hasta llegar a ella, es negocio personalísimo, muy influido por la singular condición y por la situación del que la encontró. La biografía de Harvey (modo de ser, cronología, vicisitudes, etc.) no es indiferente respecto al descubrimiento de la circulación mayor, aunque la verdad de ésta sea válida para todos y para siempre». ¿No está implícito en este párrafo el camino que debe seguir el historiador para ofrecer una interpretación adecuada del objeto de su investigación? Veamos de qué forma correcta aborda el análisis de los grandes hitos antes mencionados.

Hay dos hechos fundamentales en las obras de Harvey y Bernard, en torno a los cuales gira la trascendencia de su significación histórica: el problema del método. Desde las primeras páginas de uno y otro estudio, Laín enunciará la hipótesis de trabajo que

irá verificando posteriormente desglosando los elementos constitutivos de un complejo entramado, que formarán la indisoluble unidad hombre, persona, obra y época. Así, al referirse a lo definitorio en Harvey fisiólogo, hablará de su «positivismo aristotélico» y al buscar el común denominador personal e histórico en la obra de Cl. Bernard dirá que es «la pulcritud y ansia de absoluto». ¿Pero es que el aristotélico Harvey no buscaría coherentemente el absoluto con más motivo que el fisiólogo francés dada su instalación a caballo de lo antiguo y lo moderno? Precisamente esta aparente contradicción obedecería a dos situaciones personales y biográficas tan distintas que sólo desde su estudio pueden llegarse a comprender plenamente. Lo asombroso en Pedro Laín es la capacidad de penetración en el núcleo del problema y así, una vez planteadas las cosas en plena incongruencia de unos hechos con otros, llega a la síntesis que les darán sentido: lo que él llama los *supuestos*.

El método es un camino, pero ¿un camino para qué? ¿Qué características debe reunir el camino según el objetivo? Las dos grandes preguntas nucleares que se formula permanentemente todo aquel que quiera poseer su obra y por lo tanto, los interrogantes fundamentales de nuestros fisiólogos. Pero el problema del método está íntimamente unido a un supuesto determinante de muchas de las actitudes de un científico: el concepto de naturaleza. Así pues, analizando con detalle y precisión cual fue la idea de naturaleza en los comienzos de la fisiología moderna (Laín gusta en llamar a *De motu cordis* [1628] de Harvey «Incipit physiologia nova»), y en la obra de quien sería calificado como «la fisiología misma»; podemos encontrar las raíces teóricas de su planteamiento metodológico.

Frente al optimismo de Galeno que piensa que puede conocer el «cómo» y el «para qué» de la Naturaleza, la actitud inicial de Harvey delata inseguridad y desconfianza. La sabiduría tradicional no es un suelo firme para sus deseos de conocer los fenómenos naturales y la observación de los mismos le sitúa en un auténtico desconcierto: «la oscura noche de la Naturaleza», dice en *De generatione animalium* (1651). Sin embargo, la dificultad que plantea este hecho no puede ser paralizante para un científico moderno y así afirma en otro lugar que «la Naturaleza misma es el más fiel intérprete de sus arcanos: lo que en una especie muestra de manera intrínseca y oscura, lo despliega en otra más clara y patentemente». Primera premisa, pues: abandono del iatrocentrismo morfológico y siguiendo al maestro Aristóteles, estudiar el fenómeno como un principio común al hombre y animales, es decir, lo que Laín llama en la obra de Harvey y siguiendo la terminología de Aristóteles «primeros principios». El cómo llegar a ellos sería la segunda premisa metodológica del inglés y aquí es donde el profesor Laín despliega espectacularmente la riqueza de resultados que puede obtenerse con su sistema de análisis. Comienza diciendo que «todos cuantos consideran que el método de Harvey es un ejemplo vivo e inmediato de la inducción baconiana —esto es, casi todos los que sobre Harvey han escrito— se sorprenderán oyéndole decir que su método científico es el de Aristóteles». Veamos la prueba. He aquí, según el filósofo griego, el orden en la adquisición del conocimiento: de la sensación permanece lo sentido; de la permanencia de lo sentido resulta la memoria; de la memoria múltiple, la experiencia; de la experiencia, la razón universal, las definiciones y los axiomas comunes. El texto concluyente de Harvey que cita Laín no deja lugar a dudas: «Nadie puede llamarse con

verdad prudente o sabio si no ha entendido por propia experiencia, mediante una memoria múltiple, una sensación repetida y una observación diligentemente ejercitada, que las cosas son efectivamente así».

Como ya hemos dicho anteriormente, para Pedro Laín, Harvey no es simplemente un aristotélico, sino un «positivista aristotélico». ¿En qué sentido? Aquí retoma el problema de los «primeros principios». El experimento harveyano es una treta ingeniosa para que la naturaleza se vea forzada a decirnos la verdad, pero la verdad buscada no es absoluta, ni esencial, ni siquiera causal. Es un verdad de «hechos» que bien podríamos llamar genéricos. No le preocupa el «porqué» sino el «que». Ahora entendemos plenamente la síntesis definitoria de Laín. Nótese además que estos hechos universales o genéricos son todavía rigurosamente intuitivos, que Harvey no hace aún la fisiología de leyes formales que luego postulará Claudio Bernard. Aspira pues a un saber sensorial; «quiere decir con figuras a nuestra imaginación y, a través de ella, a nuestro entendimiento, lo que sucede en el cuerpo y cómo sucede». El hombre, el científico, el ciudadano inglés; todo junto, se ve reflejado en el problema del método. De formación moderna y tradicional, servidor del Rey en plena convulsión republicana; fiel a la filosofía de Aristóteles pero empirista practicante.

Doscientos treinta y siete años después de la edición príncipe del escrito *De motu cordis* (1628), aparece en París el máximo exponente de la reflexión metodológica acerca de la investigación fisiológica, la *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale* (1865) de Claudio Bernard. La actitud del fisiólogo francés, como la de Harvey, también es de inseguridad y desconfianza. Lo primero en orden al conocimiento obtenido por la experimentación analítica: «El hombre puede más de lo que sabe». Desconfianza en la idea experimental que sugiere el comienzo de una laboriosa andadura hasta su verificación; en lo que él llama idea *a priori*. La idea *a priori* se apoya siempre sobre dos columnas: una observación y el saber científico del observador acerca de lo observado. La observación puede ser torpe o errónea, lo cual obliga en principio a dudar de ella. La duda, en este caso, es pura humildad. Más, por otra parte, todas las teorías científicas aprendidas, hasta las de más crédito, no pasan de tener una validez provisional. Frente a ellas y a lo que de ellas haya en la idea *a priori*, la duda del investigador expresa el ejercicio de su libertad; pero libertad que tiene como base la desconfianza: «en la naturaleza —afirma Bernard— lo absurdo según nuestras teorías no es siempre imposible». Sin embargo, la actitud intelectual ante el resultado de la investigación, alcanza un mayor nivel de optimismo del que hacía gala Guillermo Harvey. Laín Entralgo resume este hecho, acorde con todo lo demás, de la siguiente manera: «El fisiólogo, como el físico y el químico, nunca podrá conocer el *por qué* de los fenómenos que estudia; el *cómo* es su única meta posible». Vemos como del análisis de la obra de Harvey y Bernard el profesor Laín concluye un hecho verdaderamente importante para la historia del pensamiento fisiológico: el inglés se conformaba con saber el *qué*, para el fisiólogo francés ya es posible expresar el *cómo*, lo que hemos llamado anteriormente leyes formales. Por otra parte Claudio Bernard no se contenta con un mero enunciado legal sino que problematiza lo analizado en su «ansia del absoluto». Actitud distinta a la de Harvey y que obedece a supuestos y realidades distintas.

Para Bernard «la relación de un fenómeno con una causa determinada es necesaria